

CONSUMATUM EST

Entre diez y once de la mañana del día once de los corrientes, todo el vecindario zamorano se preguntaba curioso qué significado tendrían largos repiques que a todo vuelo partían de los múltiples campanarios de la indolente población; pregunta que a poco se respondía en estos o parecidos términos: “es la elección de don Porfirio,” “es que sacaron otra vez para que mande, al general Díaz,” “es. . . .,” mil torpes respuestas, porque nuestra gente baja, la gleba, la multitud humilde y justiciera, despreciada y buscada por los saltimbanquis políticos, no sabe expresar lo que oye, pero en su lenguaje torpe y grosero, concentra las más amargas verdades, así como los más duros reproches. Sí, los repiques que sorprendieron a todo Zamora el lunes último, a la hora que señalamos, fueron la manifestación gráfica y palpable del personal reinante, para decirnos: “los probos representantes del pueblo que tan prudentemente habéis elegido en los comicios del 26 de junio anterior, han dado la pue-

ba más grande de civismo, eligiendo para el nuevo período de 1910 a 1916, a los indispensables, únicos y solos, Porfirio Díaz y Ramón Corral, para los altos puestos de Presidente y Vicepresidente de la República Mexicana." Eso y sólo eso quisieron los satélites del actual orden de cosas anunciar a Zamora, en los prolongados repiqueteos de sonoros bronces. Pero el pueblo humilde comprendió otra cosa. "Han sacado," dijo la ignorancia, inspirada en una experiencia de más de 30 años en que, no obstante el famoso plan de la Noria y la decantada revolución de Tuxtepec, se han burlado los derechos del hombre y suprimido del todo las prerrogativas del ciudadano, so pretexto de que el mexicano no sabe ejercitar sus derechos, porque es ignorante.

La clase media suspiró al oír el regocijo de los de arriba, traducido en campanadas, y pensó: el crimen se ha cometido, se nos burló otra vez y se nos lanzó a la cara el convencimiento de que por medio de la ley nada se conseguirá. Se ha violado de nuevo aquel Código bendito, concebido, como el Decálogo, en un rugiente y tempestuoso Sinaí, y se han pisoteado los manes de Ocampo, de Juárez y de toda aquella luminosa pléyade que brilló en el cielo de la Patria, en la más luctuosa de las épocas que cuenta la Historia del Pueblo de Cuauhtémoc.

Y la clase alta, la plutocracia, la que puede ser depositaria de la confianza del mandatario, y

que con tal de serlo tolera que se le maneje como autómata y se le inspiren consignas poco honrosas, debe haber aplaudido, satisfecha de una obra que, con eficacia, ayudó a consumir. . . .

Nosotros creemos que al oír la voz del poder, en los cónicos metales, aplaudieron alegres el sacrificio de la democracia y el delito proditorio cometido con el pueblo, a quien le arrebataban sus derechos.

¿Y los electores? ¡Oh! . . . Los electores deben haber temblado al oír la divulgación de su condescendencia; al comprender que mataban muchas grandes y nobles esperanzas; al oír la voz de su conciencia y de su dignidad que los acusaba por faltos de energía para contravenir la consigna, y de poco valerosos y antipatriotas para substituir las cédulas impresas que les repartieron por alguna tira de papel manuscrito que hubiera contenido un voto nacido de la convicción y que hubiera enseñado que el mexicano es tan apto hoy, para elegir sus mandatarios, como cuando levantara su voz viril, potente y unísona para llevar al poder supremo al ilustre Lerdo de Tejada.

“Todo se ha consumado,” dirá un día la historia, cuando consagre en sus páginas los gloriosos esfuerzos del mexicano pueblo para sacudir un gobierno que por espacio de treinta y tantos años imperara sin ley en los destinos de nuestra República, y tenga que consignar las persecuciones, las violencias y las trampas de que se ha

valido el personal de este mismo gobierno para sostenerse por más tiempo en un puesto que no le corresponde; en un puesto a que no se le llama y a que siempre ha llegado por la usurpación, desde Tuxtepec hasta nuestros días.